

BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. IV.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 30 de Julio de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y adminis-
tracion, librería de la Aurora,
Navas, 24.

SUMARIO.

La Asuncion de la Virgen María, por el Conde de Fabraquer.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Meditacion**, poesia, por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—**El palacio de Montsabrey**, novela.—**Seccion infantil**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

LA ASUNCION DE LA VÍRGEN MARÍA.

(CONCLUSION.)

Volvió á ver á Israel despues de una ausencia de muchos años. María se retiró, en las montañas de Sion, á una casa cerca del arruinado y desierto palacio de los antiguos príncipes de su raza. San Juan avisó á los apóstoles y á los fieles, que componian ya la Iglesia bastante numerosa de Jerusalem, de que la Madre del Redentor volvía ya entre ellos para morir.

Habia llegado el dia y la hora. Los Santos de Jerusalem volvieron á ver á la hija de David, siempre pobre, siempre humilde, siempre bella; porque este admirable cuer-

po habia escapado á la destruccion de los tiempos, y predestinado desde su nacimiento á una gloriosa y completa inmortalidad, nada debia alterarlo. Sin enfermedad alguna, colocada sobre un lecho de pobre apariencia, María se despidió de los apóstoles. Estos, conmovidos, permanecian en pié en derredor del lecho funeral. Allí el príncipe de los apóstoles se hallaba profundamente afectado, y claramente lo demostraba: San Juan se ocultaba el rostro con los pliegues de su manto griego, pero le descubrian sus sollozos: todos en aquella santa asamblea tenían el corazón quebrantado y humedecidos los ojos con sus lágrimas. María, participando del enternecimiento general, olvidando casi los esplendores del cielo que la aguardaban, para enjugar el llanto que vertían sobre la tierra, tomó la palabra para afirmar la fé de sus hijos, para reanimar sus santas esperanzas é inflamar su caridad. Su palabra era dulce, y la escritura la ha comparado poéticamente á un río de miel. La hija de David y de Salomón, la profetisa inspirada que habia

improvisado el himno de triunfo del *Magnificat*, se elevó á consideraciones las más altas en aquellos momentos en que iba á abandonar el mundo. Maria extiende sus protectoras manos sobre los huérfanos que va á abandonar, y levantando su vista hácia el cielo, abandona su alma sin esfuerzo aquel hermoso y virginal cuerpo, cual si quedase suavemente dormido.

Maria habia dejado de existir; pero su rostro tenia la expresion de un tranquilo sueño, y parecia que la muerte vacilaba en plantar su bandera sobre aquel trofeo, que no debia conservar más que un dia.

A la mañana siguiente los fieles llevaron con santa veneracion al sepulcro á la Reina de las Vírgenes; cubrióronla de aromas, segun el uso de su pueblo, y se la colocó en un sepulcro de piedra, envolviéndola en un lienzo y derramando abundancia de flores en el sepulcro abierto en el valle de Josafat. Los apóstoles llevaron su virginal cuerpo sobre sus hombros, y lo depositaron dulcemente en el sepulcro siempre llorando.

Durante tres dias ellos y los fieles velaron y oraron cerca del sepulcro, donde parecia oirse el sagrado concierto de los ángeles que arrullaban el sueño de Maria.

Un apóstol, que volvia de un pais lejano y que no habia asistido á la muerte de la Virgen, llegó á los tres dias: era Tomás, aquel que habia colocado su mano sobre las llagas de su Maestro resucitado. Acudia para ver y regar con sus lágrimas el frio despojo de la mujer privilegiada, que habia llevado en sus castisimas entrañas al Hacedor de la naturaleza. Vencidos por sus instancias y por sus lloros, los apóstoles quitaron la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, porque los sepulcros de los judíos eran grutas abiertas en la roca viva; pero allí no encontraron más que las flores apenas ajadas con el peso del sagrado cuerpo de Maria, y su blanco sudario de hilo fino de Egipto, que derramaba un celestial olor. El cuerpo purísimo de la Virgen Inmaculada no era una presa para los gusanos del sepulcro. Durante su vida, la tierra y el cielo habian tenido parte igualmente en aquella admirable criatura; despues de su muerte, el cielo lo habia tomado y glorificado todo.

Los ángeles habian llevado el cuerpo de Maria á los cielos, donde coronada por la Trinidad Santísima, reina al lado de su Hijo por toda la eternidad.

Algunos antiguos padres, y entre otros

San Epifanio, han llegado á dudar de si la Madre de Dios verdaderamente murió, ó si ha permanecido inmortal, siendo llevada en cuerpo y alma al cielo. Mas el sentimiento de la Iglesia es que la Santa Virgen ha muerto verdaderamente segun la condicion de la carne, y lo declara sencillamente en la oracion de la misa el dia de la Asuncion. La Santísima Virgen murió en la noche antes del 15 de Agosto. La fecha de su muerte es muy incierta. Eusebio la fija en el año 48 de nuestra era: así, segun él, Maria habria vivido sesenta y ocho años. Pero Nicéforo dice formalmente que terminó sus dias en el año quinto del reinado de Cláudio, es decir, el año 798 de Roma, ó 45 de la era vulgar; entonces, suponiendo que la Santa Virgen tuviese diez y seis años cuando vino el Salvador al mundo, habria vivido sesenta y un años. Hipólito de Tebas asegura en su crónica que la Santa Virgen dió á luz á su Hijo á los diez y seis años y que murió once años despues que Jesucristo.

Tales son las noticias que hemos cuidadosamente podido recoger sobre el misterio que celebra la Iglesia con el nombre de la Asuncion. En toda la cristiandad es una de las primeras festividades. En Francia misma, donde por el concordato de 1821 se suprimieron todas las fiestas, se conservó con otros dos dias más la de la Asuncion. Napoleon I fijó en aquel dia la celebracion de su nombre bautismal.

EL CONDE DE FABRAQUER.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuacion.)

D. Martin llegó en breve á la calle de San Eugenio y se detuvo ante el número 10.

Vaciló un instante y se decidió al fin á pisar el umbral de la casa que marcaba.

Una mujer anciana, pero de fisonomía expresiva y simpática, salió á su paso, y le preguntó con acento servicial que á quién buscaba ó por quién queria preguntar.

—Vengo, respondió D. Martin, á la buhardilla número 2.

—Ay! señor! es inútil que se moleste V., la pobre señorita que la habita, y que es un ángel por cierto, no está en ella. Hace cuatro dias la llevaron al hospital.

—Ya lo sé.

—Cómo V...?

—Sé también que tiene V. en su poder las llaves de su habitación: Elena me lo ha dicho.

—Ah! la niña? pobrecita! no hacia más que llorar! Salió diciendo que iba á ver á su madre anteayer tarde, sin que pudiéramos detenerla! la esperé toda la noche, pero no vino... aun no ha vuelto. Yo estaba con cuidado, porque la quiero mucho, y sentiria que la pasase alguna desgracia: pero supuesto que V. la ha visto...

—Sí señora, acabo de separarme de ella.

—Entonces, sabrá V. de su madre, de la señorita Consuelo. Oh! dígame cómo se encuentra, ¿está ya mejor?

—Debe estarlo, puesto que en la muerte existe el descanso, y en el cielo el premio de la resignacion y la recompensa de los dolores.

—¡Cómo! pues qué, ¿ha muerto?

—Sí, ha muerto!

La voz del anciano al pronunciar estas palabras era sombría y temblorosa.

La portera también se conmovió hasta el extremo de derramar algunas lágrimas que enjugó con la punta de su delantal.

—Y la niña? preguntó al cabo, ¿qué será de ella? ¡ay! si yo fuese rica...!

—Elena está á cubierto de la miseria.

—¿De veras? ¡oh! perdone V. que le haga tantas preguntas, pero ¡las queria tanto! y no solo yo, sino todos los demás vecinos de la casa. ¡Ya se ve, era tan buena, tan amable! sin molestar á nadie, sin dar un ruido jamás. Siempre trabajando...

—¡Trabajando!

—Sí, señor, cosiendo para las tiendas: de eso vivian ella y su niña.

—Dios mio! cuánto debe haber sufrido!

—No lo sabe V. como yo! Oh! ha pasado mucho, mucho, sola siempre, siempre. Sobre todo estos últimos meses, la pobre señorita se afanaba tanto y lloraba tanto también!

D. Martin sacó su pañuelo y enjugó el sudor que corría por su frente.

—Vamos, dijo al cabo, ¿quiere V. darme la llave de la buhardilla, ó acompañarme para entrar á ella?

—Con mucho gusto, tómela V., y vaya subiendo mientras viene mi Andrés. Cuando él esté aquí la portería no se quedará sola, y yo podré ir allá arriba por si me necesita para algo.

La pobre mujer descolgó una llave de la pared y la entregó al anciano, que empezó á subir lentamente la escalera.

Entretanto, la buena señora Teresa exclamaba entrando de nuevo en su portería:

—Qué lástima de señorita Consuelo! qué lástima! pero Señor, ¿qué le habrá dado para morirse tan de repente? Si no hacia una hora que la vi salir buena y sana; y cuando volvió ya no era la misma; venia descolorida como una muerta y... vaya; de otra se podia decir que en esto habia algun misterio, pero de ella... en fin, ha sido una desgracia, una verdadera desgracia.

D. Martin subió las interminables escaleras y llegó por fin al cuarto piso, ó lo que es lo mismo, al estrecho corredor donde estaban situadas las puertas de las buhardillas.

Eran tres: el anciano buscó la segunda, y apoyó con mano febril la llave á la cerradura.

La entrada quedó franca, y sin embargo, aquel hombre se detuvo sin atreverse á dar un paso.

Parecia que le faltaba el ánimo, y que su pecho se sentia oprimido.

—Vamos, dijo, terminemos de una vez: si ella ha sufrido y llorado aquí, ¿por qué mi corazón vacila y mi mano tiembla al ir á penetrar en esta estancia, teatro de su tormento y de su infortunio? ¿Seré yo acaso más cobarde que una pobre y débil mujer.

D. Martin dió algunos pasos y penetró en la habitación.

Esta se componia de una salita pequeña, de una alcoba y de una cocina que hacia á la par las veces de comedor. Los muebles eran muy pocos y muy pobres, revelándose sin embargo en ellos la mano de una mujer.

Solo dos cosas habia de notable allí: un piano magnífico y un hermosísimo crucifijo de marfil. Á los pies de la santa imagen del Redentor se veia también un medallón con un retrato de mujer y una sortija sujeta á él.

Ante el crucifijo debia de haber habido sin duda una luz perpétua, pues una lamparilla de cristal se veia sobre la mesa, apagada y consumida ya.

Todo estaba en desorden en aquella triste y solitaria estancia.

El lecho descompuesto, las sillas por medio: sobre la mesa el papel sobrante y la pluma con que la pobre Consuelo escribia acaso cuando quedó accidentada, al estampar su postrer pensamiento y su queja postrera: su labor empezada; su libro de oraciones abierto sobre la mesa.

El anciano tendió una mirada en derredor y murmuró con la voz empapada en lágrimas:

—¡Oh! el piano que le compré y que formaba sus delicias; el crucifijo de su madre y al pié ¡ay de mí! al pié el retrato de mi santa y noble María! de mi María, á quien ella amaba tanto!

D. Martín cogió el medallón para llevarlo á sus labios, pero al hacerlo vió un pequeño papel sujeto á él, con estas palabras escritas: «Madre mia, perdóname y ruega por él»

La letra era de Consuelo; el anciano no podía dudarlo: pero ¡ay! aquellas palabras destrozaron su corazón.

—¡Pensaba en los dos! murmuró. En medio de su desgracia imploraba el perdón de su madre, y en medio de su abandono aun pedía y rogaba por él.

D. Martín estrujó entre sus dedos aquel papel, con un movimiento nervioso parecido á la cólera; después su rostro cambió de expresión y exclamó con infinito pesar.

—Las madres saben amar más que nadie en el mundo! en su corazón hay tesoros inagotables de ternura y de indulgencia! insensato de mí! ¿por qué extraño que aunque muerta invocara su amparo, si yo he sido acaso demasiado cruel?

Agobiado por su dolor aquel hombre se dejó caer sobre una silla y prorumpió en amargos sollozos.

La casualidad hizo que al alzar de nuevo la frente sus miradas tropezasen con una carta empezada que aun se hallaba sobre la mesa sin que nadie la hubiese tocado, porque nadie tampoco había entrado en la habitación.

Una expresión indefinible se pintó en las facciones del anciano, al leer la primera palabra trazada en aquel papel. Aquella palabra decía: «Padre de mi alma!» y D. Martín sintió en su corazón un estremecimiento terrible, en que se mezclaban un inmenso dolor, una insensata alegría, creyendo escuchar tras de aquella frase la voz de su hija que le llamaba desde la tumba.

—¡Hija mía! gritó sin poderse dominar! hija mía! ingrato de mí! yo creía que me había olvidado, y me decía en este papel «padre de mi alma.»

Pasados algunos instantes que nadie podría describir, D. Martín leyó entre gemidos estos renglones:

«Siento que voy á morir: he consagrado algunos instantes á depositar los secretos de mi conciencia y de mi vida entera en el seno de Dios, representado por uno de sus ministros, y quiero también dar un último á Dios al padre á quien ofendí y á quien amo tanto siempre. Dentro de algunas horas todo habrá concluido para mí! esto ha sido horrible. Solo el padre Alvarado sabrá la verdad, pero el secreto de la confesión sellará sus labios. Sin embargo, á V. puedo decirle que muero...»

La mano de Consuelo se había detenido en

esta palabra, y la joven se había llevado en su pecho el secreto que iba á escaparse de él.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MEDITACION.

Señor, á Tí levántase mi mente,
Á Tí, que eres mi guía:

¿Á dónde hallar de amor más pura fuente
Pudiera el alma mia?

Bajo la sombra de su níveo velo
La Fe mi pecho inflama,
Y bálsamo suave de consuelo
Benigna en él derrama.

Mi espíritu arrebatada de la tierra,
Y en célicas regiones,
Bajo su aliento mágico destierra
Mundanas aflicciones.

Por ella, oh Dios! tu sello soberano
Do quier impreso veo,
Y al bendecir las obras de tu mano
En tus promesas creo.

Que el que formó con poderoso acento
Los orbes de la nada,
No vanó pudo hacer el sentimiento
Del alma desterrada.

Y este anhelar que nuestra mente agita
En perenal desvelo,
Es de la eternidad la voz que grita:
«¡Tu morada es el cielo!»

Soberano Hacedor, tu Fe descienda,
Y en santo desvario,
En sus alas á Tí fervido ascienda
El pensamiento mio.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

EL PALACIO DE MONTSABREY.

CONTINUACION.

Al día siguiente le despertó muy temprano el más madrugador y alegre de todos los visitantes: el sol penetraba de lleno en su cuarto. Federico se levantó y se asomó á la ventana: el Creuse corría al pie de ella por entre alisos y álamos blancos, y se extendía por el valle como una faja de plata: al otro lado del río se veían diseminados los tejados de bálago, con sus humeantes chimeneas entre el verdor de

los árboles: en el horizonte, sobre la meseta de una colina, un castillo gótico elevaba sus torrecillas por encima de las copas de las encinas. Aquel cuadro rústico no carecía de animación: la campana de la iglesia anunciaba la oración de la mañana, los mirlos saludaban el día, y se oía el ruido que formaba un molino entre los sauces. Aquello era más que suficiente para detener allí á nuestro jóven pintor: al cabo de algunos días, era ya el amigo de la casa, habia hecho los retratos de las dos hijas de su huésped, y su nombre era popular en San Mauricio. De muchas leguas á la redonda acudían á ver aquellos dos retratos, y los labradores de las cercanías hubieran hecho cualquier sacrificio por obtener semejante honor. Pródigo de su habilidad, Federico hizo dichosas á algunas, y desde entonces su nombradía ya no conoció límites: solo hablaban de él, juraban por él, y era el gallito de la aldea. La bondad de su corazón no excitaba menos entusiasmo que la destreza de su pincel. Á un vecino de la aldea, llamado Tomás, le habia tocado la suerte de soldado, y la víspera de su partida ofreció á Federico tres escudos, para poder llevarse el retrato de su querida. Federico hizo el retrato, y colocó el precio en el saco del conscripto, añadiendo una pequeña suma para que pudiese templar su pesar. La admiración subió á tal punto que si hubiera querido casarse en el país, se habrían derramado muchas lágrimas. Para poner el colmo á su popularidad, distribuía de cuando en cuando algunas monedas á los mozalvetes que jugaban en la plaza de la iglesia. Así es, que cuando salía por la mañana del *Águila de Oro*, veía delante de la puerta una doble fila de clientes, como los patricios de la antigua Roma. Todos se disputaban la honra de llevar su equipaje; uno se apoderaba de la caja de los colores, otro de la silla, y alguno del paraguas: Federico daba la señal de la marcha, y seguido de sus pajes se internaba en la montaña: un incidente imprevisto vino á coronar su gloria.

Aproximábase el 22 de Setiembre, festividad del patrono de la aldea; el sacristan y campanero, que acostumbraba á beber más de lo regular, habia tenido muy poco cuidado del estandarte en que estaba representado el santo. Los ratones, aprovechándose de aquel descuido, se habian regalado con la seda y la lana que formaban la imagen del jefe de la legion tebana, de tal modo que San Mauricio habia desaparecido completamente. Júzguese cuál seria el estupor y el sentimiento del buen cura al ver destrozado el estandarte, y cuál la cons-

ternación de la aldea; ¿qué seria de la cosecha del año siguiente? El estandarte de San Mauricio hacia que llegasen á sazón el trigo, el centeno y las coles; la desolación era general: todos hablaban en las calles de aquella catástrofe; el sacristan no se atrevia á presentarse, y el cura y el alcalde atravesaban por la plaza como asustados, y conferenciaban sobre los medios de reparar el daño. En el *Águila de Oro* la inquietud era muy viva; la huésped y sus dos hijas se preguntaban mutuamente con terror qué iba á ser de la aldea privada de su patrono. Solo Federico conservaba la más imperturbable calma. El 22 de Setiembre, al salir el sol, llamaba á la puerta del presbiterio y presentaba al cura un San Mauricio lleno de gracia y de juventud, en una actitud guerrera y victoriosa. Por una inspiración verdaderamente milagrosa, aunque jamás habia visto el modelo roído por los ratones, habia adivinado su postura, el traje y la semejanza. El buen cura, maravillado, le estrechó entre sus brazos como á un ángel bajado del cielo. No seria fácil pintar la emoción de los fieles, cuando vieron pendiente del asta la triunfante imagen del glorioso mártir. El estandarte recorrió las calles de la aldea entre las aclamaciones de una multitud entusiasmada. Al volver á ver la efigie del Santo que creían haber perdido, los aldeanos prorumpían en gritos de alegría, y las mujeres se aproximaban á Federico para besarle las manos. Pero nos parece que el triunfo no era del Santo, sino del pintor que le habia resucitado.

Los días felices se nos cuentan con mano avara. Por más encantadora que fuese aquella existencia no podia prolongarse largo tiempo, y aunque la verde Bohemia ofrezca los más risueños puntos de vista, el artista que tiene la conciencia de su propio valor, descansa allí un instante, pero no fija su residencia. El invierno, que siempre se anticipa en las montañas del Creuse, comenzaba á hacerse sentir. La naturaleza, aunque todavia hermosa, se alteraba ya con la frialdad del cierzo de Octubre. A pesar de la ovación que le habia elevado al rango de semi-dios, y á pesar de las atenciones y cuidados de que era objeto en el *Águila de Oro*, Federico pensaba en partir: un encuentro inesperado aplazó su marcha.

II.

Antes de dejar á San Mauricio quiso visitar otra vez los sitios que tanto amaba; sobre todo deseaba volver á ver el castillo, cuyas almenadas torres dominaban el valle, y que des-

cubria desde las ventanas de su cuarto por entre las hojas de los árboles que ya se iban cayendo. Como ya he dicho, era un fuerte edificio gótico situado en la meseta de una colina, en la parte más pintoresca y agreste del país. Llegábase á él por unos senderos tortuosos y estrechos, formados por la tierra acarreada por las lluvias, con enebros á ambos lados, y por donde solo las cabras podían trepar con seguridad. Aquel sitio era el objeto predilecto de los paseos é ilusiones del pintor: al ver la soledad que reinaba en derredor de aquella mansión feudal, la creyó al principio inhabitada. Sin embargo, una noche había visto luz en las ventanas, y cruzar dos sombras esbeltas por detrás de la muselina de las cortinas; había oído cantar á una mujer que se acompañaba al piano, y cuya voz grave se elevaba tristemente en medio del silencio de la noche. ¿Quiénes habitaban en aquellos muros? Federico, como jóven de talento, se abstuvo de informarse, pues temía que desapareciesen á impulso del soplo de la realidad las poéticas imágenes con que se complacía en poblar aquel asilo.

La víspera del día prefijado para su partida, se aprovechó de una de esas tardes templadas que son como la despedida del sol, para emprender su última peregrinación al antiguo castillo. Cuando llegaba al pie de la meseta, vió un grupo que le llamó vivamente la atención.

Sobre el musgo de un otero un poco inclinado estaba sentada una jovencita, entre un anciano de encanecido cabello y una mujer todavía jóven y hermosa, que la miraban con cierto aire de inquietud. Al acercarse, Federico quedó menos admirado de su rara belleza que de su exterior extraño. Estaba como agobiada y parecía vivir en un mundo que no era el de los vivientes; sus ojos abiertos é inmóviles, no se fijaban en los objetos colocados delante de ella; toda su fisonomía indicaba que su pensamiento se hallaba ocupado en otra parte. El semblante de la madre, que no apartaba su vista de ella, respiraba una ansiedad profunda y la más apasionada ternura. Las facciones del anciano expresaban un afecto más tranquilo, mezclado de curiosidad; al parecer, aguardaba que se despertase la inteligencia en aquella alma elevada á un mundo superior. Federico pasó por delante de ella, se quitó el sombrero, saludó y no se atrevió á detenerse. En efecto, en aquel silencioso éxtasis había algo de misterioso, que requería mucha discreción. Iluminado por un secreto sentimiento de pudor, se persuadió de que no po-

dría contemplar aquel dolor desconocido sin profanarle, y se alejó con paso acelerado.

Por la noche, sentado en la cocina del *Águila de Oro*, no pudo menos de preguntar á la posadera que estaba hilando mientras que sus dos hijas hacían calceta, y la buena mujer se apresuró á contestar á las preguntas del forastero. El castillo, situado en la cúspide de la colina, pertenecía á la familia del caballero de Montsabrey, que había muerto ya hacia algunos años. Las tres personas que Federico había visto sentadas en el otero, á un tiro de bala del palacio, no podían ser más que la señora de Montsabrey, su hija y el doctor Vicente, médico de la familia y hermano del cura de San Mauricio.

—Con que según eso, preguntó Federico cuya curiosidad estaba muy lejos de quedar satisfecha, ¿la jóven que yo he visto es la señorita de Montsabrey?

—Sí, señor, es la pobre inocente,

Al decir estas palabras las tres mujeres hicieron la señal de la cruz, y como Federico las miraba con asombro,

—Con este nombre, añadió la huéspeda, es conocida en el país la señorita de Montsabrey.

—¿Por qué?...

—Acerca de eso se refieren muchas historias, ¿pero quién es el que puede conocer á fondo las cosas? Excepto el doctor y el cura de nuestra aldea, nadie se puede vanagloriar de saber los secretos del castillo. Cuando se le habla de ello al doctor se va meneando la cabeza, y si nos dirigimos al cura, nos responde: rogad por la niña.

—¿Y qué se dice en el país?

—Se dice que la pobre Lucila está hechizada, y que el día de su nacimiento una hada ó bruja la echó la suerte. Hace mucho tiempo se dijo que la señora de Montsabrey solo había venido á establecerse en el castillo ó palacio, abandonado hace más de veinte años, para ocultar en él á su hija y que no la viese nadie. Lucila era entonces muy niña, pero no hacía nada de lo que acostumbran los niños de su edad; por más que la vigilaban no había semana en que no se escapase de la casa. Más de una vez la han encontrado mis hijas sentada en el arenal ó en el bosque, acompañada únicamente de un perro muy grande que debéis haber visto hoy tendido á sus pies.

—Sí, dijo Federico, un perro de los Pirineos.

—Un animal muy bueno y nada lerdo, que no la dejaba, velaba por su seguridad, y que cuando era hora de volver á la casa la tiraba del vestido para decidirla á que se levantase, corría delante de ella para enseñarla el cami-

no, y volvía á su lado para cerciorarse de que le seguía.

—¿Y qué hacía Lucila y en qué se ocupaba cuando la encontrábais sentada en el bosque?

—No lo sabemos; acariciaba á su perro, se colocaba florecillas en su rubio cabello, y miraba al cielo como si buscara en él alguna cosa.

—¿Y vosotras que también érais entonces niñas, no os acercásteis nunca á hablarla?

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

EL VELO BLANCO.

(Continuacion.)

—¿Y verán lo que pienso también?

—Sin duda alguna; por eso cuanto pidas allí será escuchado, si lo haces con toda la fe de tu inocente corazón.

—¿Y la Virgen me verá también?

—Ella más aún, porque es nuestra Madre, y las madres no apartan los ojos ni el pensamiento de sus hijos.

—Desde ahora, cuando entre en el templo estaré siempre con mucha devoción para que me vea, y le diga al Señor que soy buena. Cuando haga mañana mi confesión, diré las veces que he faltado en esto, y como estoy arrepentida de ello, me perdonará sin duda Dios.

—Entre todas las faltas que comete un niño, hija mía, ninguna más grave ni más frecuente, por desgracia, que la de no honrar como debiera á los autores de sus días. Los padres, que son la imagen de Dios sobre la tierra, merecen también nuestro amor, nuestra sumisión y nuestro respeto. ¡Ay del hijo que les falta en un punto! ¡Ay del desgraciado que desconoce su autoridad!

—Yo obedezco siempre á los míos.

—¿Siempre? ¿no has olvidado nunca sus mandatos? ¿no has dejado de cumplirlos cuando uno ú otro no han estado cerca de tí? Te pones encendida, Luisa mía! el color de la vergüenza tiñe tu rostro, lo que me revela que estás muy lejos de decir verdad: ya ves como las manchas de la conciencia suben al rostro, del mismo modo que cuando una manzana tiene una parte poco sana, pierde la superficie su bello color por aquel lado. Afortunadamente, hija mía, Dios es tan bueno y tan

elemente que tiene olvido y perdón para todas las culpas, siempre que las conozcamos y le prometamos no incurrir de nuevo en ellas.

—¡Oh! yo quiero ser muy buena; pero á veces me enfado cuando mamá me ordena hacer algo en contra de mis deseos, y si la obedezco es de mala gana, esperando que se aleje para satisfacer mis caprichos.

—Eso es una falta de la cual te debes arrepentir.

El amor de los padres es el primero entre todos los amores de la tierra. Por eso el mismo Dios quiso que le llamáramos «Padre nuestro.» Amándonos, pues, de esa manera, todos sus deseos, todas sus aspiraciones se encaminan siempre á nuestro bien. Aquello que nos prohíben, podemos asegurar que nos es peligroso ó nocivo, y todo cuanto nos mandan, es muy cierto, hija mía, que tarde ó temprano nos producirá un inmenso bien.

Examina detenidamente tu conciencia, Luisa; recuerda bien en todo lo que has faltado á los que te dieron el ser, ya escuchando con descuido sus consejos, sin pensar que Jesucristo mismo te habla por sus labios; ya respondiendo á sus exhortaciones con una palabra, con una mirada, con un gesto de disgusto. Piensa si has abusado de su bondad, si no les has prestado la ayuda que podías, si has mirado con indiferencia sus penas ó sus dolores, y comprende que todo esto sería una ofensa terrible hecha, hija de mi alma, al mismo Dios.

—¡Oh! sí, yo pensaré en todo eso; pero, ¿acaso mis abuelitos y el buen padre José, un sacerdote viejecito y muy pobre que viene todos los días á comer con nosotros, están en el mismo caso?

—Tus abuelos son padres tuyos por dos veces, y ostentan á tus ojos, además de este santo título, el más digno y respetable de la ancianidad.

—¿Y el padre José?

En cuanto á ese, si por sus blancos cabellos y por su augusta carácter de sacerdote no fuera ya respetable, lo sería sin duda por su pobreza, por la desgracia que le cerca. Mirale y con cariño, hija mía; no hagas amargo con una falta de consideración el pedazo de pan ó la limosna que le ofreces. Los niños que respetan á los pobres y á los ancianos son muy amados de la purísima Virgen.

—¿De veras?

—Sí; yo te lo afirmo.

—¿Y me querrá si yo lo hago?

—Mucho. En prueba de ello escucha. Había en una pequeña aldea un precioso niño á quien llamaban Gabriel. Era huérfano, y tan pobre

que debía su sustento á la pública caridad.

Pero en medio de su desgracia y de su miseria, Gabriel era compasivo con los ancianos, les respetaba mucho, y partía con su pobre abuelita octogenaria la limosna que recibía. Un día de rigoroso invierno la miserable anciana tiritaba acurrucada en un pobre jergón, aterida de frío y próxima casi á morir helada. Gabriel la había cubierto ya con cuantas ropas había encontrado á mano, hasta el punto de quitarse su pobre chaqueta para abrigar los hombros de la anciana.

Pero como nada de esto era suficiente, el niño pensó en correr al vecino monte y traer una carga de leña para encender una gran lumbre y reanimar así á la anciana.

Ligero como el pensamiento salió de su casa, cuando mediaba la tarde y cuando por desgracia espesos copos de nieve empezaban á caer de las plumizas y densas nubes.

Gabriel tembló de frío, pero pensó en su abuela y siguió adelante con el afán de serla útil.

Un cuarto de hora despues se hallaba en medio del monte.

Empezó á formar su haz de leña, y cuando ya le tuvo hecho, le cargó sobre su espalda y encorvado bajo aquel excesivo peso emprendió el camino de la aldea.

Mas ¡ay! aquella carga era mayor á la que el pobre niño podía soportar, y cayó agobiado por ella en medio de la senda que seguía. El golpe lo desvaneció, y quedó en el suelo por algun tiempo. La nieve que caía con abundancia paralizó sus miembros y entumeció sus manos hasta el punto de no poder levantarse.

Gabriel sintió que sus ideas se confundían, que se desvanecía su vista, que sus ojos se cerraban.

Pero fuese ilusion, fuese un ensueño de su mente, el niño creyó ver un hermoso arcángel, el de su nombre, descender del cielo, llegar al árbol á cuyo pié se hallaba, é inclinando sus ramas, formar con ellas un ancho velo que le cubrió del aire y de la nevada.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

En el barrio de San José de Viena, tenía una tienda de curiosidades antiguas y modernas el honrado Jorge Rutler.

Todas las semanas iba á ella un señor extremadamente pálido, compraba alguna bagatela y se divertía en jugar con los niños de Jorge, siendo esta la única distraccion que se daba.

Este sujeto era bien conocido, sin que se le preguntara su nombre.

Una mañana, oyendo á Jorge recomendar á sus hijos el mayor silencio, supo que la señora Rutler acababa de dar á luz su duodécimo hijo.

—Jorge, dijo el pálido señor, ¿teneis padrino para él?

—¡Ah, señor! los padrinos nunca faltan á los ricos; pero yo soy pobre, y no sé quién apadrinará á mi recién nacida.

—Pues bien, yo lo seré; pero le pondremos el nombre de Gabriela.

—Como gustéis.

—Os entrego cien florines para los gastos; yo no quiero ocuparme de nada. Aquí teneis las señas de mi casa, me avisareis cuando todo esté dispuesto.

—¡Ah, señor! ¿cómo podré pagar tanta bondad?

—Concediéndome una gracia que es la de dejar que toque un momento este piano.

—Tocad todo lo que gustéis.

—Tengo en mi mente una idea que buscaba hace mucho tiempo para terminar una composicion musical; si no la ensayo, temo olvidarla.

El buen Rutler coloca un taburete cerca del piano; el huésped se sienta, abre el instrumento, preludia, y recorre despues el clave con mano maestra.

La gente que pasaba por la calle se detenía á la puerta de la tienda; el encanto obraba hasta en los pequeños niños de Rutler, y de tal manera conmovían los acentos de la composicion, que los circunstantes lloraban.

Sin prestar atencion á cuanto pasaba en torno suyo, en el momento en que juzgó por sí mismo el efecto de su inspiracion, tomó una hoja de papel, escribió algunas notas, se levantó con las mejillas más animadas que de costumbre, y se despidió.

El músico era Mozart.

Á los tres dias Rutler corre á la casa que se le había indicado, y queda pasmado al ver un féretro á la puerta.

Mozart ya no existía: al dejar la casa de Rutler, y llegado á su habitación, puso en limpio su inspiracion, y respiró libremente cual si saliera de una pesadilla; dos meses cumplian ya que inútilmente luchaba para terminar su inmortal *Requiem*, y sacando su inseparable *Rosario*, comenzó á rezar su Corona á la Santísima Virgen en accion de gracias, pues tanta confianza en ella tenía que, segun escribía á su madre, antes de estrenar alguna de sus composiciones rezaba el *santo Rosario*, á fin de lograr que fuera bien aceptada del público.

Rezado el *Rosario*, sintiéndose indispuerto, mandó á buscar el médico y un sacerdote; al tercer dia Mozart era ya cadáver, habiendo tenido la muerte del justo.

Jorge vuelve á su casa, triste, sollozando, y contempla con acerbo dolor el piano.

La niña fue bautizada con el nombre de Gabriela, y cuando la anécdota circuló, los curiosos iban á contemplar el piano tocado una sola vez por el príncipe de la música alemana.

Al fin el piano fué vendido en cuatro mil francos, que formaron el dote de Gabriela.

P. V.

GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO.

Plaza de Ayuntamiento, 15.